

## **VENEZUELA, COMO ARTIMAÑA**

Roberto Rodríguez Fernandez – [rrfernandez@unicauca.edu.co](mailto:rrfernandez@unicauca.edu.co)

El presidente Trump ordena abrir la economía y los negocios en medio de la peor emergencia sanitaria que han vivido los Estados Unidos, aunque ello signifique mayores contagios del virus para muchas personas. Salvar las empresas y empleos sería para Trump el mejor de los escenarios, el que podría re-elegirlo en los próximos comicios presidenciales pero todo depende de las ayudas estatales que el mismo otorgue.

Seguramente salvará a los empresarios, con el dinero de los ciudadanos, y estos quedaran desprotegidos y deberán correr todo tipo de riesgos. Pero para atraerlos políticamente tiene a Venezuela y su régimen político díscolo, al que ataca militarmente apoyando a los mas disparatados mercenarios.

Colocar por encima las razones económicas y políticas implica no respetar la dignidad humana, sacrificar a las personas, y apropiarse de lo público para acumular capitales. Con ello destruye los fundamentos del Estado y de la Sociedad tal como lo sostuvo siempre el pensamiento filosófico liberal, en el que el gobernante no cree pero si el manipulado pueblo norteamericano.

Que cada uno se defienda como pueda liquida el “contrato social” contenido en la una vez ejemplar pero hoy desactualizada Constitución de Filadelfia. Tampoco se reconoce el humanismo del que hablan los tratados internacionales firmados por los Estados Unidos. Hay allí muchas trazas del fascismo social que dejan sin derechos a muchos. Si redistribuir las riquezas es realizar la justicia, tendríamos que recordarles que defender el derecho a la vida es la base de toda equidad.

Además, como parte de las sanciones y medidas contra Venezuela y su fuerte régimen, se comprobó la existencia de un alucinado contrato patrocinado por el gobierno de Estados Unidos para adelantar el peor operativo militar que se pueda “planificar” para capturar o dar de baja al presidente Maduro y a algunos de sus funcionarios, acción mercenaria apoyada desde Panamá y Colombia. Estas intenciones de asistencia, unidas a otras declaraciones y actitudes pasadas, constituyen declaraciones de guerra contra el vecino país.

Claro, en lo que toca a Colombia las violencias y asesinatos han sido la regla general en el orden interno, las que ahora traslada a lo internacional, obediendo ciegamente a Trump.

Antes se combatía a las mafias, pero ahora se combinan tropas con las cuales perseguir a los opositores políticos dentro y fuera del país. Estas alianzas se arrojan el poder de decidir quien vive y quien muere, qué se hace

y qué no se puede hacer, quienes salen o entran de las regiones y países; se han transformado y fortalecido como autoridades que castigan a quienes actúan diferente. Algunos sectores de la población colombiana apoyan a los armados y sus actividades de narcotráfico y extractivismo, pero ello no constituyen realmente una “legitimidad racional” como lo planteaba Max Weber. Esto es apenas codicia y misantropía.

Equipos militares colombianos capturados en Venezuela, armas provenientes de Panamá, espacios de entrenamiento en Colombia, opositores políticos financiados desde el extranjero, obsesión por la riquezas venezolanas, todo hace parte de las necropolíticas diseñadas para liquidar a todos los contra-hegemónicos, en donde se encuentren.

Pero, claro, ni la ONU ni la OEA ni la UE, ni los congresos nacionales, ni la prensa, dicen nada más allá de algún llamado a la diplomacia. Para los agresores no hay sanciones ni medidas de castigo, parecería que defienden “su democracia”.